

## CRUZ Y TRINIDAD

(miércoles, 14 de diciembre de 2022)

Hablamos de la cruz como acontecimiento trinitario. No podemos comprender los datos del Nuevo Testamento sobre la muerte de Jesús si no es viendo implicados en ella al Padre y al Espíritu Santo. “La teología de la entrega no admite otro armazón que el trinitario” (von Balthasar). Desde la Trinidad se tiene que contemplar el misterio de la *kénosis* del Hijo en donde están implicados hasta el fondo el Padre y el Espíritu.

### 1. La cruz del Hijo y la inmutabilidad de Dios

- a) Dios es inmutable, estable, no pasajero. Dios es impassible: no puede sufrir las pasiones y deseos de los hombres.

Dios es libre y soberano de la historia. La integridad de su ser está segura y a salvo: “La impassibilidad e inmutabilidad de Dios son atributos que expresan, por un lado, la integridad ontológica de Dios y su inmunidad ante las alteraciones en su ser. Por otro, la constancia, fidelidad y seguridad de que él no renuncia a la realización del propósito de su voluntad, de llevar a perfección y a la comunión con él a la creación” (Cordovilla).

- b) Estos atributos de Dios no pueden ser interpretados solo desde la perspectiva abstracta de la ontología griega; es preciso integrar la verdad del testimonio bíblico: la implicación de Dios en la historia de los hombres.

No cabe separar a Dios de la historia y del mundo de los hombres. La revelación de Dios en la cruz de Cristo y la pregunta por el mal en perspectiva moderna y contemporánea (la teodicea) han puesto en cuestión la interpretación abstracta de la inmutabilidad e impassibilidad divinas.

- c) Estos atributos divinos han de ser interpretados desde la revelación de Dios en la historia y desde la perspectiva trinitaria. No solo desde las categorías de ser y naturaleza, sino desde la relación entre Dios y el mundo, interpretada con las categorías de libertad y persona.

Desde esta perspectiva trinitaria (trinidad inmanente), la inmutabilidad de Dios significa que Dios no puede ser sino amor y que Dios es constante y fiel en llevar adelante el propósito de su voluntad (trinidad económica): la perfección y consumación de lo que ha creado.

Dos textos bíblicos a tener en cuenta:

Mal 3,6: “Yo, Yahvé, no cambio, pero vosotros, hijos de Jacob, no termináis nunca”. Es decir, el amor de Dios por su pueblo ha sido fiel y para siempre.

Sant 1,17: “Toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto y desciende del Padre de la luz, en quien no existe variación ni sombra [que provenga] de cambio”. Dios no cambia como cambian los astros. Es el creador, no la criatura.

Aun afirmando la inmutabilidad divina, no se puede silenciar que Dios actúa en la historia comprometiéndose y solidarizándose con su criatura. La categoría de la inmutabilidad de Dios hay que comprenderla desde la revelación. El Dios al que llamamos inmutable e impasible es el mismo Dios del camino que hace historia común con el hombre; que hace alianza con él, comprometiéndose con él, sin dejar de ser el Dios único, incomparable y soberano que trasciende todo.

Toda esta historia de compromiso e implicación llega a su plenitud en la persona de Jesucristo y en el Testimonio del Nuevo Testamento. Dios mismo entra en la historia, encarnándose en un hombre concreto (Hijo) e inhabitando en el corazón de sus criaturas (Espíritu). Dios llega a su grado máximo de solidaridad, compasión y amor por su criatura. No obstante, el Padre ni se encarna ni inhabita directamente, sino solo por la mediación del Hijo y del Espíritu. Él queda como expresión de la absoluta trascendencia de Dios. De esta manera se expresan la constancia, la fidelidad y la firmeza de Dios en la acción y compromiso en la historia, a la vez que queda a salvo la integridad de su ser.

## **2. La cruz del Hijo y el sufrimiento de Dios**

### a) El testimonio bíblico y patrístico

El testimonio del Nuevo Testamento nos dice que el Padre está presente e implicado en la vida, Pasión y muerte de su Hijo.

Toda la vida del Hijo es el don que el Padre nos otorga y nos envía: “Tanto amó Dios al mundo, que envió a su Hijo al mundo, no para condenarlo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3,13-15).

Desde esta perspectiva del don y del envío hay que entender la *entrega* que el Padre hace de su propio y único Hijo: “El que no perdonó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará gratuitamente con él todas las cosas” (Rom 8,32).

“Dejar que el Hijo sufra es al mismo tiempo la pasión del Padre” (J. Ratzinger).

Los Padres de la Iglesia hablaron al respecto de *la pasión del Impasible*. Dios y el sufrimiento no son incompatibles. Frente al docetismo, afirmaron que el sufrimiento de Cristo, el Hijo de Dios, es real. Frente al patripasianismo, matizaron que el sufrimiento del Hijo no afecta directamente al Padre, sino que es el Hijo quien sufre en la encarnación y en la muerte. El Hijo, sufriendo, es de la misma naturaleza que el Padre (frente al arrianismo). En el sufrimiento del Hijo se revela la kénosis de Dios y no solo la virtud de un hombre ejemplar (frente al nestorianismo).

## b) El problema moderno de la teodicea

La cuestión del sufrimiento de Dios ha sido pensada desde la acuciante pregunta por el mal y la implicación de Dios en él; en esto consiste la pregunta moderna de la teodicea: ¿Puede ser Dios impasible ante el sufrimiento de tantos inocentes que mueren en la historia?

La respuesta de la teodicea clásica se puede resumir en tres posturas:

1ª El sufrimiento es un elemento funcional y pedagógico en un orden omniabarcante.

2ª El mal y el sufrimiento es falta de bien (“privatio boni”).

3ª El mal es fruto de la libertad del hombre, efecto y consecuencia del pecado.

La teodicea clásica entró en crisis en el siglo XVIII (terremoto de Lisboa) y en el siglo XX (guerras mundiales y Soáh).

## c) Replanteamientos actuales

La teología se ha replanteado la cuestión del mal y del sufrimiento desde tres puntos de vista:

1º Desde el testimonio bíblico, donde Dios se revela como comprometido y sufriente.

2º Se asume la verdad de la afirmación de la impasibilidad, porque, aun asumiendo nuestro destino, Dios no puede dejar de ser Dios, quedando absorbido por el ritmo de la historia y sometido a las pasiones humanas.

3º Esta aparente paradoja se afronta desde una perspectiva trinitaria, pues la única forma convincente desde la que podemos hablar de un sufrimiento real de Dios en la persona del Hijo (Flp 2,8: “se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz”), una superación de ese sufrimiento desde la guía y conducción del Espíritu Santo hacia la nueva creación (“también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo”, Rom 8,23) y una distancia teológica y salvífica que guarda la trascendencia de Dios en la persona del Padre.

En todas las acciones de Dios en su relación con la creación y con las criaturas están implicadas las tres personas divinas, pero de una forma diferenciada:

- El Hijo asume la condición humana, se implica en nuestro dolor humano y se sumerge en él. Sufre históricamente en la cruz compartiendo el destino y el sufrimiento de los hombres.
- El Espíritu Santo se une al sufrimiento de las criaturas que gimen con los dolores de parto en espera de la nueva creación (Rom 8,17).

- El Padre sufre *por* el Hijo y *en* el Hijo, sin que podamos separar adecuadamente al Padre del sufrimiento de su Hijo, pero sin que tampoco podamos identificarlos.

Este sufrimiento no es signo de imperfección, sino expresión de la plenitud del ser divino, ya que su ser se identifica con el amor: “Un Dios impasible, incapaz de sufrir, sería, también, un Dios incapaz de amar” (Cordovilla).

### **3. La cruz del Hijo y la muerte de Dios**

Desde el punto de vista teológico solo podemos decir que Dios ha muerto en referencia a Jesús de Nazaret, el Hijo encarnado, en virtud de la *communicatio idiomatum*.

No es solo la naturaleza humana de Jesucristo la que padece la muerte, sino la persona del Hijo en cuanto encarnado.

Y, si le afecta al Hijo, de alguna manera, en virtud de la comunicación intradivina (*perijóresis*), le ha de afectar de forma misteriosa al Padre y al Espíritu: “No podemos ir mucho más allá. Aquí se nos impone un silencio respetuoso ante el misterio de Dios revelado en la muerte del Hijo que la teología tiene que asumir y guardar” (Cordovilla).

### **4. La Cruz del Hijo y el Espíritu: el fuego del sacrificio y el don entregado**

La presencia del Espíritu Santo en la cruz de Cristo puede ser resumida en dos perspectivas:

1ª Como agente activo que hace posible que Jesús se ofrezca en perfecto sacrificio al Padre, según el testimonio de Heb 9,14: Cristo “por virtud del Espíritu eterno se ofreció a sí mismo a Dios”.

2ª Como agente pasivo, en cuanto que es entregado por Jesús y donado a los hombres en el momento en el que expira en la cruz consumando la obra encomendada por el Padre, según el testimonio de Jn 19,30: “Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: ‘Está cumplido’. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu”.

- a) El Espíritu como el fuego del sacrificio

Según la carta a los Hebreos (cf Heb 9,11-14), la novedad radical del sacerdocio de Cristo es el carácter personal de la ofrenda y del sacrificio: Jesús se ofrece a sí mismo, y

no dones y sacrificios. Se trata de un sacrificio personal y existencial: “por virtud del Espíritu eterno se ofreció a sí mismo a Dios” (Heb 9,14).

Podemos entender la expresión “por virtud del Espíritu eterno” como referida al Espíritu Santo. El versículo afirma que Jesús fue ese sacerdote capaz de realizar el sacrificio ofreciéndose a sí mismo porque le asistió el *Espíritu eterno* como fuerza ascensional para elevarse hacia Dios, ya que en eso consistía ofrecer el sacrificio: hacer subir a la víctima hasta Dios. Él ocupa simbólicamente el lugar que tenía el fuego venido del cielo o el fuego de Yahvé en los sacrificios de la Antigua Alianza.

No es inhabitual en la Escritura la vinculación entre Espíritu y fuego. Y, por otra parte, en la Biblia el sacrificio es algo que supera las fuerzas humanas. Para que se lleve a cabo se necesita la intervención de Dios. El Espíritu eterno es la fuerza interna que recibe Jesús en su relación personal con el Espíritu, y con la que transforma su muerte en sacrificio. Cristo fue sacerdote fiel a Dios y solidario con los hombres, sacerdote capaz, por haber estado lleno de la fuerza del Espíritu Santo, fuerza de la caridad. Ardiendo de caridad es como Cristo quedó transformado en un sacrificio agradable a Dios. Jesús dejó al Espíritu de Dios penetrar a fondo su existencia humana, incluso en su muerte trágica, para que lo transformara todo en ofrenda perfecta.

#### b) El don del Espíritu en la muerte de Jesús

El evangelio según san Juan caracteriza a Jesús como dador (con el Padre) del Espíritu. Este don acontecerá en el momento de la glorificación de Jesús. Esta glorificación acontece ya en la crucifixión. En la cruz se revela la máxima unión entre el Padre y el Hijo y se lleva a cabo la entrega libre del Espíritu: “Todo está cumplido. E inclinando la cabeza entregó el espíritu” (Jn 19,30).

#### c) La pasión y la “kénosis” del Espíritu Santo

Algunos teólogos han hablado, en sentido análogo, de una “kénosis” o pasión del Espíritu Santo. Con esta expresión se puede querer expresar que el Espíritu es pura relación y referencia al Padre y al Hijo, a quienes da a conocer, y a los hombres, a quienes hace entrar en la comunión divina. El Espíritu es el ser para para otro obrando la comunión con el otro. Conocemos al Espíritu por la realización y el fruto que produce y provoca en nosotros, no en sí mismo: “Una especie de *kénosis* del Espíritu Santo. Se vaciaría, de alguna manera, de su propia personalidad para ser todo relativo, por un lado a ‘Dios’ y a Cristo, y, por otro, a los hombres llamados a realizar la imagen de Dios y de su Hijo” (Y. Congar).